

'Nada' recrea la soledad de Andrea en la Barcelona de posguerra

En el centenario del nacimiento de Carmen Laforet

Al cumplirse el centenario del nacimiento de Carmen Laforet, nuestra colaboradora Rosa Navarro Durán nos guía por las páginas de 'Nada', que ganó el premio Nadal de 1944 y consagró a la escritora como un referente del siglo XX. La protagonista cuenta sus sensaciones y describe su soledad en el año vivido en Barcelona en su primer curso universitario. Una novela de plena vigencia a la que siempre da gusto regresar.

Por Rosa Navarro Durán

Hace cien años, el 6 de septiembre de 1921, nació en Barcelona Carmen Laforet, la autora de una de las novelas esenciales de la posguerra española: *Nada*, de un atractivo inmarcesible. Ganó con ella el premio Nadal en su primera convocatoria (1944), la había escrito en Madrid entre enero y septiembre de ese año. Desde entonces la novela ha tenido miles de lectores y los seguirá teniendo: es ya un clásico del siglo XX.

La protagonista, Andrea, cuenta, desde un presente del que no da dato alguno, el año vivido en Barcelona en el duro comienzo de la posguerra, sin que se sepa tampoco con exactitud el amplio espacio que hay entre ambos tiempos: el de la narradora y el de la Andrea de dieciocho años, que vive su primer curso universitario en la ciudad condal. Su relato podría definirse como impresionista porque el verbo "me parecía" es la presentación habitual de lo que ve y vive; lo utiliza desde el inicio: "Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche", y enseguida precisará su relación con la ciudad, a cuya estación de Francia

Rosa Navarro Durán es filóloga y catedrática de Literatura Española de la Universidad de Barcelona.



📍 PLACA DEDICADA A CARMEN LAFORET EN LA CASA DONDE NACIÓ, EN CALLE ARIBAU, 36, DE BARCELONA. |

Rosa Navarro Durán.

📷 LA AUTORA EN SU JUVENTUD.

acaba de llegar a medianoche: "El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis sueños por desconocida" (*Nada*, introd. de R. Navarro Durán, Barcelona, Planeta, Austral, 2020, p. 81).

Hay dos pronombres indefinidos que sostienen con su vacío el

texto: "nadie" y "nada". La soledad de Andrea tiene solo algún paréntesis que luego le hace sentirla aún más hondamente, y ese "nada", que da título a la obra, le parece a ella que es su cosecha de ese año vivido en la ciudad, como dice al final: "Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba

nada. Al menos, así creía yo entonces” (pp. 363-364). El fragmento del romance de Juan Ramón que Carmen Laforet escoge como lema de su obra se hace vida de Andrea continuamente: “A veces un gusto amargo, / un olor malo, una rara / luz, un tono desacorde...”. Y sin embargo...

Junto a Andrea ofreciéndole sensaciones muy distintas hay siempre una presencia: la de Barcelona. Laforet quiso hablar de las descripciones de la ciudad en su novela y no las encontró: “Así que abrí un ejemplar del libro para señalar esas descripciones... que no existen en *Nada*. Barcelona allí es un telón de fondo en el que tintinean tranvías y pasan las luces y colores de las estaciones del año. Nada más. No hay *autobiografía*. Nunca aproveché mis cuadernos juveniles” (Carmen Laforet, “Barcelona, fantasma juvenil”, *El País*, 27 de marzo de 1983, p. 11). Quizás no aprovechó sus apuntes, pero Barcelona no es un telón de fondo de la novela porque está muy presente en las impresiones de Andrea. Y responden a lo que la novelista afirma de sus sentimientos hacia ella: “Ha sido y sigue siendo para mí una ciudad bienamada de asombros y amistades, luces y descubrimientos”.

Lo primero que Andrea siente de Barcelona nos lleva a recordar su mar porque está cerca de él: “Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad [...]. Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar”. Nota la bienvenida a la ciudad, pero no a través de una persona, sino de un hermoso edificio: “El coche dio la vuelta a la plaza de la Universidad y recuerdo que el bello edificio me conmovió como un grave saludo de bienvenida” (p. 82).

Lo primero que oye en su amanecer en la casa de la calle de Aribau es el tintineo de un tranvía y le lleva a recordar el verano de sus siete años en su última visita a los abuelos. Tiene “una percepción nebulosa, pero tan vívida y fresca como si me la trajera el olor de una fruta recién cogida, de lo que era Barcelona en mi recuerdo”, y en él está el olor que la brisa

“ Sin abrir los ojos, sentí otra vez una oleada venturosa y cálida. Estaba en Barcelona”.

le traía “a las ramas de los plátanos, verdes y polvorientos, bajo el balcón abierto”, y también “unas aceras anchas húmedas de riego y mucha gente bebiendo refrescos en un café...”. Es entonces cuando dice: “Sin abrir los ojos sentí otra vez una oleada venturosa y cálida. Estaba en Barcelona” (pp. 89-90). Nada va a ser como imaginaba, “pero también / la vida nos sujeta porque precisamente / no es como la esperábamos”, en bellos versos de Jaime Gil de Biedma del poema donde recuerda unas “Noches en el mes de junio” en la ciudad.

Barcelona le ofrecerá a Andrea lugares donde saciar su ansia de belleza, donde vivir en soledad momentos felices. Al comienzo de la segunda parte, libre ya de la vigilancia de su tía Angustias, acaba de salir de la casa de Ena, donde

La ciudad desfila por las páginas de la novela con los nombres de sus calles y sus barrios

ha oído cantar a su madre, y esta “voz ardorosa” despierta “todos los posos de sentimentalismo y de desbocado romanticismo de mis dieciocho años”, y siente que necesita escapar de todo lo que le rodea en ese momento: “No sabía si tenía necesidad de caminar entre las casas silenciosas de algún barrio adormecido, respirando el viento negro del mar o de sentir las oleadas de luces de los anuncios de colores que tenían con sus focos el ambiente del centro de la ciudad. Aún no estaba segura de lo que podría calmar mejor aquella casi angustiada sed de belleza que me había dejado escuchar a la madre de Ena” (p. 182). Duda en bajar por Vía Layetana

hasta el gran edificio de Correos y el puerto, pero decide al final que “quería ver la catedral envuelta en el encanto y el misterio de la noche”, y describirá lo que siente, “el cumplimiento de lo que deseaba”, al contemplar la fachada principal: “Una paz, una imponente claridad, se derramaba de la arquitectura maravillosa. En derredor de sus trazos oscuros resaltaba la noche brillante, rodando lentamente al compás de las horas. Dejé que aquel profundo hechizo de las formas me penetrara durante unos minutos” (p. 184).

Volverá a fundirse con “esa ciudad gótica”, el barrio de la catedral, mucho más adelante, en verano, hambrienta, vagando por esa ciudad que es su única compañía: “Un atardecer oí en los alrededores de la catedral el lento caer de unas campanadas que hacían la ciudad más antigua. Levanté los ojos al cielo, que se ponía de un color más suave y más azul con las primeras estrellas y me vino una impresión de belleza casi mística” (p. 355).

Sonidos, luces, olores, pero no desacordes ni malos, sino llenos de atractivo, de belleza: son las sensaciones que la ciudad y su cielo le ofrecen. Barcelona va desfilando por las páginas de la novela con los nombres de sus calles, de sus barrios, desde el Borne a la Bonanova, desde las Ramblas a lo alto de la calle Muntaner.

Las estaciones de ese año vivido en Barcelona se van sucediendo, y las sensaciones luminosas de Andrea que nacen de la belleza contemplada tienen su origen en la ciudad. Y con su nombre cierra la joven ese año y su relato: “Unos momentos después, la calle de Aribau y Barcelona entera quedaban detrás de mí” (p. 364). *Nada* empieza y termina con Barcelona, y en sus páginas hay una vivencia tan emotiva de la ciudad que deja una hondísima impresión en sus lectores. ■



PORTADA DE 'NADA', DE CARMEN LAFORET

Editorial Planeta.